

1

Meggan vio la liebre blanca un domingo que no había empezado de manera distinta a otro cualquiera. Aquel mismo día, además, vio a su hermana, Caroline, en brazos de Rodney Tremayne.

Los domingos nadie trabajaba en las minas y, después de misa, después de haber hecho los quehaceres en la cabaña, Meggan quedó libre para ir adonde quisiera. Y el camino la condujo más allá de los bosques de la finca de los Tremayne, hasta las antiguas piedras de los páramos altos desde donde podía mirar atrás y contemplar todo su mundo.

El pueblo era el centro de todo. Las casitas encaladas con techo de paja y juncos se acurrucaban al abrigo de las laderas del pequeño valle que descendía hacia el mar. Al borde de la orilla había otro grupo de casitas juntas y los rojos y azules de los botes de sus propietarios salpicaban de color la playa de guijarros. A la izquierda de Meggan, el camino descendía por delante de la iglesia, rodeaba la base del pueblo y volvía a ascender, pasaba junto a la casita de los Collins y seguía durante otra milla hasta la mina.

Los feos edificios de ladrillo rojo de Wheal Pengelly resultaban visibles en el extremo más alejado del pueblo, amontonados allí donde la casa de la máquina de vapor se alzaba en la pared del precipicio. Más allá de todo ello, más allá de los peñascos escarpados coronados en verano por una magnífica alfombra de flores silvestres, una brisa benigna engatusaba a la espuma de mar para que bailara alegremente sobre las olas de un gris verdoso. A lo lejos, una goleta de tres mástiles parecía estar inmóvil contra el horizonte.

La mansión de los Tremayne se hallaba justo por debajo de donde estaba Meggan, con sus cuatro torres de chimenea cuya altura desafiaba la de los árboles circundantes. Los fuertes robles y serbales proporcionaban un escudo que no dejaba ver la fuente de riqueza de los Tremayne. Sin dichos árboles, los ocupantes de

la mansión podrían ver directamente la mina por encima del pueblo.

Aquel domingo de finales de agosto de 1844, la vida estaba llena de promesas para Meggan Collins. Tenía doce años y se hallaba a punto de realizar su mayor deseo. Bullía de excitación cuando salió de la casita.

Los páramos aún estaban cubiertos de los colores del verano, en tanto que el amarillo de las aulagas y el púrpura del brezo coloreaban el espacio entre las casitas del valle. El día no podía ser más hermoso, con el calor decreciente del verano y el último despliegue de las fragantes flores veraniegas; era un día para apreciarlo. También era un día para correr, rodar y bailar, y hacerlo con el placer desinhibido de la niñez.

Meggan les cantó a los pájaros y se rio alborozada cuando ellos le respondieron con trinos o gorjeos. Vio unas cuantas liebres que se alejaban corriendo cuando intentaba acercarse a ellas con sigilo. Aquella noche iban a cenar liebre, guisada con zanahorias y nabos hasta que quedaba tan tierna que se te hacía la boca agua.

Meggan llegó a las piedras verticales y se dejó caer en la hierba, agradablemente sofocada por haber recorrido el último trecho del camino corriendo. Con la cabeza apoyada en las manos observó una nube solitaria de aspecto algodonoso que flotaba perezosamente en el cielo.

—Creo que eres feliz estando sola allí arriba, nubecilla, igual que yo soy feliz aquí. ¿Seguiré siendo feliz cuando no pueda ser libre como tú?

Su madre no dejaba de repetirle que recordara que estaba creciendo, que ya no era una niña para andar corriendo por los páramos como una gitana. En muchos aspectos, Meggan no quería crecer, sobre todo desde que, hacía dos meses, su cuerpo la había obsequiado con la prueba irrefutable de que su niñez iba a quedar atrás.

Era en esos cambios que habían tenido lugar, y en los que estaban a punto de tener lugar en su vida, en lo que pensaba entonces. Estaba observando un petirrojo que revoloteaba por el brezal cuando vislumbró una mancha blanca. Pasó con tanta rapidez que al principio no cayó en la cuenta de a qué criatura pertenecía aquel pelaje blanco.

—¿Una liebre blanca? —susurró al tiempo que se acodaba con cautela—. ¿Estaré viendo visiones? —Meggan no sabía de nadie que hubiera visto una liebre blanca.

Inmóvil, sin hacer ruido, esperó a que volviera a aparecer. Al ver que no lo hacía, rodeó a gatas y con cuidado la piedra vertical más próxima. Atisbó por detrás de ella y apenas pudo contener un grito ahogado. La liebre, más blanca que la espuma del mar, estaba sentada a menos de dos metros de distancia. En cuanto el animal percibió la presencia de la niña, agitó sus largas orejas y se perdió de vista rápidamente. A Meggan se le puso la piel de gallina y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Otra vez el augurio. —Empezó a recordar la leyenda, así como todas las historias que le habían contado sobre el desastre de 1836, cuando habían resultado muertos nueve mineros. Muchos afirmaban que entonces se había visto una liebre blanca. Y, aunque se decía que el hombre que había parlotado casi con incoherencia sobre el presagio de tragedia que había visto era bastante simplón, las mentes supersticiosas se creyeron la relación. ¿Acaso no habían empezado a cavar en el túnel derrumbado, para recuperar los cuerpos de los mineros que habían fallecido, la misma mañana en que aquel imbécil había entrado a trompicones en la posada para hablarle a todo el mundo de la liebre blanca de los páramos?

El sentido común de Meggan, que no era menos supersticiosa que cualquier otra muchacha de Cornualles, calmó el susto inicial. Se puso de pie a toda prisa y fue en la dirección que había seguido la liebre. Mientras consiguiera no perder de vista al animal podría estar segura de que era una criatura de carne y hueso. Se dijo que, si se trataba de algún mal presagio, lo más seguro era que se desvaneciera. Las liebres de verdad tenían madrigueras. Meggan estaba decidida a encontrar la madriguera de la liebre blanca.

Meggan consiguió seguir el rastro del animal durante un rato, abriéndose paso a través de las zarzas y trepando por las rocas para seguir su camino. En ocasiones la liebre desaparecía y volvía a aparecer en cuestión de segundos con sus largas orejas tensas, como si notara la presencia de la niña.

—Es como si quisiera que la siguiera —susurró para sí, pues la curiosidad había desterrado por completo cualquier temor supersticioso.

Cada vez que la liebre avanzaba corriendo, Meggan iba tras ella con todo el sigilo del que era capaz. La falda se le enganchó en una zarza y, por miedo a rasgarla, se entretuvo a desenganchar la tela con cuidado. No solamente tendría problemas con su madre si se rompía la falda, sino que además tendría que arreglarla con sus propias manos. Y coser era la tarea que Meggan más detestaba, por encima de todas las demás. Cuando liberó la falda de los pinchos y volvió a alzar la mirada, vio que la liebre se adentraba en el bosque de los Tremayne y desaparecía.

Meggan no estaba dispuesta a renunciar a su búsqueda y entró corriendo en el bosque sin pararse a pensar en que lo estaba haciendo sin autorización. Se le aceleró el corazón cuando vio una mancha blanca inmóvil. Con el sigilo de un cazador, Meggan se agazapó y avanzó despacio y con cautela. La liebre no se movió. Cuando estuvo más cerca vio que aquello no era la liebre.

La mancha blanca eran las enaguas de Caroline, sus mejores enaguas de domingo, tiradas en el suelo junto a su vestido. Al lado había prendas masculinas. Meggan enseguida vio que la pareja desnuda estaba haciendo lo que sólo debían hacer un marido y su mujer en el lecho conyugal. Apretó los puños y se llevó rápidamente los nudillos a la boca justo a tiempo de evitar el grito ahogado que hubiera delatado su presencia. Identificó de inmediato al joven cuyo cuerpo se movía encima del de Caroline, en torno a cuya espalda se aferraban los brazos de su hermana con la boca apretada contra sus labios. En Pengelly no predominaban las personas rubias. El pelo de Rodney Tremayne era del color del trigo, casi igual que el de Caroline.

Mientras la asustada mente de Meggan asimilaba aquella información, Rodney soltó un grito y se estremeció. Caroline también gritó, y su exclamación tenía un tono que parecía de dolor. Se arqueó contra su amante y se abrazaron con una ferocidad que provocó una sensación sumamente peculiar en las entrañas de Meggan. Una sensación que no había experimentado nunca. Se dio cuenta de que tenía el corazón palpitante y el cuerpo tembloroso. Meggan retrocedió en silencio sin aflojar los puños de la boca para contener cualquier sonido que pudiera salir de ella e intentó contener unas repentinas ganas de vomitar.

Echó a correr con toda la rapidez de la que fue capaz, lejos de

la liebre blanca, lejos de Caroline y su amante, volvió a cruzar los páramos llanos, recorrió el terreno escabroso entre la mansión Tremayne y el pueblo y bajó por el sendero del acantilado con una prisa peligrosa. La diminuta cueva arenosa era su refugio, un lugar al que no iba nadie.

Una vez allí trepó por el peñasco hacia su escondite especial, detrás de una roca grande donde la arena era cálida, donde podía cerrar los ojos y oír tan solo el embate del mar. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía apartar de su mente la imagen de los amantes. Meggan sabía perfectamente lo que habían estado haciendo, aunque hacía muy poco que había adquirido esos conocimientos.

Se limitó a quedarse agachada durante un largo rato, tapándose la boca con las manos para contener las náuseas y con los ojos cerrados con fuerza para resistir lo que sabía y no quería saber. Pero no desaparecía, así como tampoco el miedo de que existiera alguna relación entre haber visto la liebre blanca y el posterior descubrimiento de los amantes.

No obstante, no era tan solo miedo lo que había hecho que se dirigiera a aquel refugio. En aquellos momentos, en su guarida especial entre las rocas, allí donde el implacable viento marino no podía alcanzarla y el batir de las olas era como el eco de los fuertes latidos de su corazón, el miedo atenazaba su estómago con un fuerte nudo. Allí, en la playa, estaba quizá más compenetrada con la naturaleza que cuando vagaba por los páramos. O tal vez lo que pasaba aquel día era que el estruendo primitivo de las olas al romper contra las piedras grises, acompañado por el fluir y refluir del agua en la arena, estaba más en armonía con la turbulencia de sus pensamientos.

El sol calentaba las rocas entre las que Meggan estaba sentada de la misma forma que calentaba la hierba suave sobre la que se había tendido hacía muy poco. Meggan se estremeció a pesar del calor. Acurrucada con las rodillas contra el pecho, rodeándolas con los brazos y con la barbilla apoyada en su falda de sarga gris, deseaba olvidar lo que había visto al tiempo que recordaba vivamente todos los detalles.

Al pensar entonces en la forma en que Caroline y Rodney Tremayne habían estado juntos volvió a invadirla aquella misma sen-

sación extraña. Hacía que tuviera ganas de ponerse la mano entre las piernas y apretar, allí donde nunca jamás se había tocado. Pero aquello no estaba bien. Estaba tan mal como lo que le había visto hacer a Caroline. Sobre todo con Rodney Tremayne. Meggan se preguntó por qué Caroline habría hecho eso cuando todo el mundo sabía que su hermana iba a casarse con Tom Roberts. Igual que sabía todo el mundo que los ricos propietarios de tierras y minas no se casaban con chicas de familias mineras pobres. Meggan se arrebujó más, haciéndose un ovillo. No podía salir nada bueno de aquel encuentro secreto, ni de su fornicación en el bosquecillo. Tom se enfadaría muchísimo si se enteraba. Todo el mundo conocía el genio vivo de Tom. Era un hombre orgulloso. ¿Podía ser también un hombre violento, como su padre? ¿Acaso era eso lo que le había estado advirtiendo la liebre blanca? El miedo hizo que Meggan se estremeciera otra vez.

Tom no debía enterarse nunca del engaño de Caroline. ¿Pero qué iba a hacer ella, Meggan? ¿Decirle algo a Caroline? ¿Contárselo a sus padres? ¿Debía mencionar siquiera la liebre blanca a alguien?

Meggan lamentó no ser mayor, con suficiente experiencia para saber qué hacer. Deseaba no haber visto a la liebre blanca. Lamentaba especialmente haber visto a Caroline y a su amante. Y sobre todo, deseaba poder dejar de imaginárselos, dejar de sentir esas sensaciones extrañas en un lugar en el que no debería tener ninguna sensación.

Cuando Meggan había empezado a sangrar, Caroline le había explicado discretamente de qué iba todo eso.

—A mí nunca me explicó nada mamá. No querría que tuvieras temores ridículos por no saber por qué sangras.

Meggan, curiosa como siempre, había pedido más explicaciones sobre la forma en que los hombres y las mujeres hacían bebés.

Caroline se había puesto muy colorada.

—Ya sabes lo que le ocurrirá a tu cuerpo y por qué, y es todo lo que voy a contarte. Vas a ser muy hermosa, hermanita. No te fíes de los hombres que intenten hablarte con dulzura sin querer casarse contigo.

Todas esas cosas había dicho Caroline, y sin embargo allí había estado, con Rodney Tremayne. Y, por lo que Meggan se figuraba,

encima lo había disfrutado. A Meggan se le hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que ocurriría si alguna otra persona los había descubierto. Casi seguro que ella también sufriría las consecuencias. La desgracia que Caroline acarrearía a la familia sin duda impediría que Meggan fuera a la mansión para trabajar... y para cantar.

¿Cómo podía su hermana llegar a ser tan estúpida y egoísta? ¿Y qué pasaba con Tom Roberts, que durante los últimos doce meses había hecho saber que deseaba convertir a Caroline en su esposa? El joven tenía la aprobación de sus padres y solo esperaba a que Caroline accediera. Ahora Meggan ya sabía por qué su hermana no había dicho que sí.

El ruido de dos gaviotas que se peleaban interrumpió los pensamientos de Meggan. Por norma general se hubiera reído de los pájaros pero tuvo la sensación de que se burlaban de ella. En un arrebato de furia, y con lágrimas cálidas que hacían que le escocieran los ojos, les gritó que se marcharan. Lo único que quería era estar completamente sola. Se frotó los ojos con los nudillos y se acurrucó de nuevo.

Meggan permaneció un rato encorvada, hecha un ovillo, llena de tristeza, llorando en silencio, hasta que tuvo semejante lío en la cabeza que no podía desenmarañar sus pensamientos. Las emociones la angustiaban y sabía que todo iba a cambiar... para peor.

Levantó la cabeza de las rodillas, la echó hacia atrás y la apoyó en las rocas al tiempo que empezaba a cantar en voz muy baja para sí misma. Poco a poco el canturreo se convirtió en la letra de una canción. A Meggan le encantaba la melodía evocadora de *Greensleeves*, que en aquel momento parecía adaptarse a su estado de ánimo. Cantar la ayudaba. Su confusión desapareció con la canción y el placer que siempre le proporcionaba cantar contribuyó a desterrar sus atribulados pensamientos.

La pureza y la nitidez de la voz joven, que se elevaba en el aire más allá de las rocas, cautivaron el oído del hombre que caminaba por el otro lado de la cueva, absorto en sus pensamientos hasta aquel instante. Él también era consciente del encuentro de su hermano adoptivo, menor que él, con la hija de uno de los jefes de

cuadrilla de la mina. Aunque lo que podía esperarse de cualquier muchacho era que anduviera por ahí de picos pardos, la principal preocupación de Con Trevannick era que un joven sensible de diecinueve años podía imaginarse estar experimentando un amor profundo y perdurable en su primer encuentro amoroso.

Y luego estaba la propia Caroline Collins. A diferencia de algunas de las otras solteras de la mina, ella no era de las que entregaban su cuerpo sin reservas. Con siempre mantenía el oído atento cuando iba por la mina. A raíz de unas bromas más bien lascivas, sabía que le había dicho a Tom Roberts que no iba a recibir favores de ella antes de estar casados. Por lo que Con sabía de ella, Caroline era una chica callada de carácter dulce. La persona perfecta para sacar a la luz las mejores cualidades de Tom Roberts y subvertir las menos deseables. Todo lo cual suscitaba preguntas incómodas en la mente de Con, sobre la relación entre Rodney y Caroline. Su esfuerzo por encontrar las respuestas correctas a dichas preguntas lo había mantenido sumido en sus pensamientos, hasta que oyó el canto.

En un primer momento creyó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Se detuvo a escuchar. Se sintió profundamente conmovido por la letra evocadora, cantada con verdadera emoción y con la voz más pura que había oído nunca. El único recuerdo que Con Trevannick tenía de su madre era el de su canto. El rostro de su madre no era más que una sombra en su mente, pero Con sabía que ella siempre estaba cantando.

Permaneció inmóvil unos momentos, cautivado, con una sonrisa en los labios, disipados sus pensamientos sobre los jóvenes amantes. Con escudriñó la playa con la mirada para intentar descubrir a la persona que cantaba. No se la veía por ninguna parte y el anfiteatro natural que formaban los acantilados le daba un tono etéreo a la melodía. Movidio por la curiosidad, se dio la vuelta y recorrió la playa en dirección a la voz. Tanto si se trataba de un duende inmortal como de un humano, él deseaba contemplar al ser cuya voz tenía la pureza de la de un ángel.

Cuando determinó que el sonido provenía de algún lugar por detrás de las rocas, avanzó hacia ellas sin hacer ruido, pues de ningún modo quería sobresaltar a la cantante. La encontró sentada, con la cabeza hacia atrás apoyada en la roca y los brazos en torno

a las rodillas levantadas. Tenía los ojos cerrados, cosa que hacía pensar que se había entregado por completo a su canción. Su juventud resultó inesperada. ¿Cómo podía alguien tan joven infundir un sentimiento tan profundamente conmovedor a las palabras? Sin duda aquel cuerpo de niña albergaba una madurez que iba más allá de su edad.

Sorprendido al descubrir que no era más que una niña, consideró su identidad. Como ella aún no se había dado cuenta de su presencia, aprovechó la oportunidad para sentarse en una roca a poca distancia para examinarla. Con no la reconoció. Que él supiera, en las minas no había ninguna joven que poseyera un cabello negro tan brillante como aquél. No había duda de que la chica tenía mucho talento. Una voz tan pura era poco común. Sin embargo, lo que más le intrigaba era el hecho de que alguien tan joven fuera capaz de infundir tanta emoción a la letra. Pensativo, se dijo que sin duda los dioses la habían favorecido. Con esa mata de pelo negro y unos rasgos perfectamente proporcionados, sería una belleza cuando creciera. Una belleza apasionada, si uno se dejaba guiar por su canto. Con se estaba preguntando de qué color tendría los ojos cuando, quizá al percatarse de su presencia, la muchacha los abrió de repente y la canción murió en sus labios.

Ojos castaños. Casi negros. Bajo unas gruesas cejas sesgadas. Unos ojos expresivos que lo miraron fijamente con una mezcla de resentimiento y cautela en tanto que sus mejillas se tiñeron de un delicado rubor.

Con sonrió. La chica no le devolvió la sonrisa.

Al cabo de un momento su expresión cambió y se hizo evidente que había reconocido la identidad del joven. Él creía poder entender su rubor, pero no el temor que vio entonces en sus ojos. Volvió a sonreírle en un esfuerzo por tranquilizarla. Quería oírla cantar un poco más. Las palabras que le dirigió fueron un poco burlonas y contenían una pregunta oculta.

—Pensé que iba a encontrarme una sirena, o por lo menos una ninfa marina. En cambio, me encuentro a una encantadora chiquilla de las minas.

La respuesta de la muchacha fue del todo inesperada. El hecho de que el rubor de sus mejillas se intensificara era indudablemente atribuible al enojo.

—Yo no soy una chica de las minas. Soy cantante.

—Y con mucho talento —se apresuró a afirmar Con, consciente de que la había ofendido de algún modo. Esa chica lo intrigaba cada vez más, y estaba claro que era del pueblo. Tal vez fuera la hija de uno de los pescadores. Quiso calmar su enfado con una sonrisa tranquilizadora—. Por favor, canta otra vez. Estaba disfrutando mucho escuchándote.

Una sacudida de la cabeza y la tozuda compresión de sus labios dieron la respuesta a Con.

—¿Pero me dirás quién eres? —le preguntó en un tono suave de confianza para asegurarle que no tenía intención de hacerle ningún daño.

Por un momento, a juzgar por el brillo de sus ojos y por la forma en que sus labios se separaron, pensó que la joven le diría que su identidad no era asunto suyo. En cambio, los labios separados volvieron a apretarse formando la viva estampa de la testarudez. Con, a medio camino entre divertido por la enérgica muchacha y más intrigado todavía, lo intentó de nuevo:

—¿Tú sabes quién soy yo?

La chica asintió con la cabeza mientras, una tras otra, cruzaban por su rostro toda una serie de expresiones, hasta que bajó la mirada. En contraste con el ardor del que había hecho despliegue hacía tan solo unos momentos, la chica bajó la voz.

—Eres... es... el señor Trevannick.

Con se percató de su consciente corrección de la gramática. No era una inculta. Lo cual resultaba aún más intrigante.

—¿Y cómo es que me conoces si no trabajas en la mina?

—Mi padre es jefe de cuadrilla.

—Ah, claro. —Cayó en la cuenta de quién era—. Eres la pequeña Meggan Collins.

La barbilla respingona se alzó. Los ojos oscuros destellaron de indignación.

—No soy pequeña. Soy... tengo doce años.

—Perdóname —le rogó Con, incapaz de contener la risa en su voz. Aquella chica poseía un rostro maravillosamente expresivo. Empezaba a entender por qué era capaz de poner tanto sentimiento en su canto. Tanta pasión para lo niña que era. Con un temperamento semejante y la promesa de una belleza poco

común, el joven sabía que, dentro de pocos años, la muchacha tendría un montón de pretendientes. Respondía a cada una de sus miradas con otra y no estaba haciendo ningún esfuerzo por disimular su resentimiento—. No era mi intención ofenderte, Megan. Jenny es un año mayor que tú y sin embargo aún pienso en ella como en una niña.

Con la mención de su hermanastra, el resentimiento que mostraba el rostro de la chica fue reemplazado de inmediato por orgullo y curiosidad.

—Voy a ser compañera de la señorita Tremayne. ¿Es agradable de verdad?

—Jenny es muy dulce. Es muy tierna y simpática. Te caerá bien.

—Eso espero.

Con observó a la chica un momento. Sin duda estaba contenta con el cambio que estaba a punto de tener lugar en su vida.

—¿Cómo es que vas a venir a la mansión para ser compañera de Jenny en lugar de enviarte a trabajar a la mina?

—Es lo que mi padre desea.

—¿En serio? —Con estaba sorprendido. A pesar del afecto que le tenía a su padre adoptivo, no se imaginaba a Phillip Tremayne dejándose persuadir para satisfacer las ambiciones de su jefe de cuadrilla. Phillip era muy consciente de la posición de los Tremayne y la de las familias que trabajaban sus fincas y su mina. A menos que detrás de aquél acuerdo hubiera algo más de lo que parecía a simple vista—. ¿Tu padre cree que te irá mejor siendo doncella?

En esta ocasión la barbilla se inclinó con orgullo.

—Voy... —Hizo una pausa y un rubor de timidez coloreó sus mejillas. Bajó los párpados y se mordió el labio inferior. Volvió a hablar más lentamente, una vez más consciente de su lenguaje—. Voy a compartir las lecciones de canto con la señorita Tremayne. Mi padre cree que tengo talento.

—Yo también pienso que tienes un gran talento. Vas a eclipsar a Jenny con creces. Ella tiene una voz muy dulce. Tú tienes la fortuna de poseer un don poco habitual.

A la chica se le iluminó el rostro de alegría.

—Gracias, señor. Estoy deseando que llegue la semana que viene, que es cuando vuelve la señorita Tremayne y yo voy a la mansión.

Con sonrió. Era una chiquilla encantadora.

—Creo que ahora yo también voy a estar deseando que vengas.

—Se puso de pie y caminó hacia ella—. No te pareces nada a tu hermana, ¿verdad? —comentó al acordarse de la cuestión que lo había preocupado hacía muy poco. Aunque era consciente de que había fruncido el ceño, la reacción de Meggan lo dejó perplejo.

Dejó caer la mano que tenía extendida cuando vio que la joven se encogía contra la roca con un miedo inconfundible en los ojos. Con se detuvo.

—No tenía intención de hacerte daño, Meggan. Solo te ofrecía la mano para ayudarte a ponerte en pie.

—No necesito su ayuda —afirmó la muchacha, y se levantó con rapidez para demostrarlo—. Me voy a mi casa.

—Espera. Te acompañaré. Para asegurarme de que no te pasa nada.

Meggan se volvió a mirarlo.

—Tampoco voy a necesitar su protección. —Y había tanto veneno en su afirmación que, antes de que Con pudiera recuperarse del sobresalto, la muchacha ya había salido rápidamente de entre las rocas y corría hacia el sendero del acantilado.

Sin tener ni idea de qué era lo que había precipitado su huida, el joven observó su ágil ascenso por el sendero mientras el sol brillaba en su cabellera, que relucía como el ala de un cuervo. Se preguntó si los invasores españoles se habrían contado entre los antepasados de la chica, igual que se contaban entre los suyos. Ella tenía los ojos mucho más oscuros que los suyos y el cabello negro de verdad, un color poco frecuente.

De modo que aquella niña apasionada era la que habían contratado para que fuera compañera de Jenny. Quizá era justo la persona que necesitaba su hermana adoptiva para sacarla de su reservado caparazón. Se preguntó cuánto tiempo iba a permanecer la chica en la mansión y se encontró con que esperaba que fuera mucho. Quería conocerla mejor. Se sorprendió a sí mismo al pensar que para cuando Meggan Collins tuviera diecisiete años él tendría treinta.

Meggan se detuvo en lo alto del sendero, y los fuertes latidos de su corazón parecían estar en común acuerdo con el batir de las olas contra el acantilado por debajo de ella. Cada vez le resultaba más trabajoso respirar, más de lo que era normal en su ascenso por el sendero empinado. Pero claro, normalmente no subía corriendo con tanta prisa. Al volver la vista atrás, vio que el hombre, Con Trevannick, continuaba mirándola.

Confusa y resentida, se volvió de nuevo con rapidez y se apresuró a seguir adelante. Cuando tuvo el pueblo a la vista, el flato la obligó a aminorar el paso. Consciente de que si llegaba a casa en semejante estado se ganaría una reprimenda por parte de su madre, Meggan se sentó en una roca para recuperar el aliento, tranquilizarse un poco y parecer un poco más respetable.

Su tarde especial, que tan maravillosamente bien había empezado, se había estropeado de forma irremediable. Meggan sabía que cuando fuera la compañera de la señorita Jenny Tremayne ya no podría correr libremente por los páramos. Por eso había querido sacar el máximo provecho de aquella tarde en concreto, de su libertad para vagar por dondequiera que eligiera hacerlo. En tan solo dos semanas se mudaría desde su agradable casita a lo que imaginaba que sería la grandiosidad austera de la mansión Tremayne.

Los planes que se habían hecho para su futuro, en tanto que llenaban a Meggan de una expectación sumamente embriagadora, seguían teniendo ciertas trazas como de un sueño. No podía ni imaginarse cómo se llegó a ese acuerdo. Ella, la segunda hija de Henry Collins, la de en medio de cinco, iba a convertirse en compañera de la señorita Jenny Tremayne, la única hija del hombre que era dueño de Wheal Pengelly; el hombre que daba trabajo a su padre, a su hermano y hermana mayores, y que algún día también pagaría el salario de sus hermanos pequeños.

Meggan no tenía muy claro cómo se sentía en realidad sobre el cambio de situación que le habían propuesto. Solo había visto a la señorita Tremayne desde lejos. Pero con una noción muy vaga de la diferencia de su clase social, ella imaginaba que la chica sería muy correcta y formal y que esperaría que la hija de un minero fuera más una doncella que una compañera.

Meggan, que no tenía ningún deseo de estar a la entera dispo-

sición de nadie, se sentía un tanto inquieta con la idea de la servidumbre. Ya le costaba bastante amoldar su espíritu libre a las normas de comportamiento dictadas por sus padres. ¿Acaso no estaba siempre metida en líos por una cosa u otra? Sobre todo con su madre. Ella hubiera rogado y suplicado a su padre que no la mandara fuera, de no ser...

De no ser... ¡Oh, sí!... de no ser porque iba a compartir las clases de música con la señorita Jenny Tremayne. Iba a aprender a tocar el piano. Y lo mejor de todo, iba a dar clases con un profesor de canto como era debido. Le enseñarían a utilizar el don de su voz. Por una oportunidad como aquella, para hacer realidad su sueño de convertirse en una gran cantante, Meggan prometió que aceptaría, con modestia, todas las órdenes que se le dieran.

Se veía cantando para los invitados de la mansión y aplaudida por su talento, unas agradables visiones que desterraron sus pensamientos más agitados. ¡A quién le importaba cómo era que había tenido tan buena suerte! Lo único que importaba era que la había tenido, aunque su madre no lo aprobara. No obstante, su padre sí estaba de acuerdo y Meggan no tenía ninguna duda de que él había tenido algo que ver en sus planes de futuro. Con frecuencia había declarado que su Meggan no iba a trabajar nunca en la mina, aun cuando Caroline se había convertido en una chica de las minas y se había unido a las demás en la tarea de clasificar los minerales extraídos cuando dejó la escuela a la edad de doce años.

Henry Collins había insistido en que todos sus hijos recibieran educación y no quería ni oír hablar de que alguno de ellos dejara la escuela antes de cumplir los doce años. Meggan apreciaba su educación más que cualquier otro de sus hermanos. Ella nunca iba a conformarse con pasarse la vida en una pequeña aldea de Cornualles cuando había tanto mundo por ver.

Una gran liebre marrón pasó junto a ella con un correteo y se llevó consigo los agradables ensueños con los que Meggan se había estado consolando. Una vez más le sobrevinieron los pensamientos sobre Caroline, Rodney Tremayne y la liebre blanca. Seguía sin tener ni idea de lo que debía hacer, si es que tenía que hacer algo.

Además, estaba confundida por haber pensado, cuando el señor Trevannick se acercó a ella, en las cosas que los hombres

les hacían a las mujeres. Por un momento se había asustado de verdad y no sabía por qué se le había metido en la cabeza una cosa así. Esperaba de verdad que, cuando fuera a vivir a la mansión Tremayne, no tuviera que pasar demasiado tiempo en su compañía.

La agradable ilusión de Meggan por su futuro había decaído tristemente. El señor Trevannick la asustaba. Rodney Tremayne se estaba aprovechando de Caroline y Meggan se convenció de que la señorita Jenny Tremayne sería una absoluta consentida y una persona sumamente horrible. Al fin y al cabo, daba igual lo bien que cantara Meggan, no era más que la hija de un minero. Se dejó llevar por un impulso descabellado y deseó fervientemente que ocurriera algo que le impidiera ir a la mansión. Podía convertirse en una gran cantante, y de hecho se convertiría en una gran cantante, sin la caridad de los Tremayne. Con esa firme determinación, Meggan respiró hondo y continuó el camino de vuelta a casa.

Henry Collins estaba sentado en su butaca del diminuto salón leyendo un periódico de Truro. Aunque por nacimiento y herencia estaba destinado a llevar la vida de un minero, Henry había lamentado a menudo no haber encontrado, en su juventud, el valor de desafiar a su padre y escapar al mar. En cambio, se las había arreglado para aprender a leer y escribir para así, a través de la palabra escrita, poder escapar de algún modo a los vínculos de su linaje.

Él había querido que sus hijos tuvieran educación con la esperanza de que hallaran por sí mismos una forma de vida mejor. Los chicos, aunque se mostraron lo bastante diligentes como para aprender a leer y escribir, parecían todos satisfechos con la perspectiva de llevar una vida de minero. Caroline había sido una estudiante renuente, más dispuesta a ayudar a su madre que a leer con su padre. Meggan era la única que había asimilado los conocimientos con entusiasmo, consciente del hecho de que el mundo era mucho más que la aldea de Pengelly y su mina.

El hombre alzó la mirada con una sonrisa cuando la niña entró en el salón. Era la sonrisa especial que siempre tenía, sólo para ella. Aunque él nunca lo había admitido con palabras, Meggan

sabía que era la favorita de su padre. Parecía haber un vínculo especial entre ellos, uno que Meggan nunca había experimentado con su madre. Era a Caroline a quien su madre adoraba. A Caroline y también al pequeño Tommy. La mayor y el menor. Quizá se debiera a que ambos eran rubios como su madre en tanto que Meggan, Will y Hal eran morenos como su padre.

—¿Has estado en los páramos otra vez, cariño?

—Sí, papá. Cuando vaya a la mansión Tremayne ya no podré ir más.

—Tendrás medio día libre cada dos semanas.

—¿Y cuándo te veré? —Su separación iba a ser lo peor de marcharse de casa. Le tembló el labio y bajó la mirada a las manos que estaba retorciendo.

—Ven aquí, cielo. —Su padre se dio unas palmaditas en la rodilla, en la que con frecuencia había mecido a su pequeña Meggan. Desde que había crecido demasiado para que pudiera hacerlo, la niña había tomado por costumbre sentarse en el suelo junto a su silla, con las manos en sus rodillas y mirándolo mientras hablaban, o con la cabeza apoyada en ellas mientras compartían un silencio amigable, o escuchándolo cuando hablaba de los sueños de su juventud—. Vamos, ven a contarme lo que has hecho hoy, lo que viste.

Era una petición muy inocente, porque Meggan siempre encontraba algo de interés que relatar, aun cuando solo fueran las gracias de los reyezuelos en los arbustos, la forma en que un lagarto se había escabullido por el suelo o una hormiga que se había esforzado para llevar una semilla de hierba hasta el nido. Por un momento Meggan estuvo tentada de soltarlo todo, de contarle a su padre lo de Caroline, lo de Rodney Tremayne y sobre todo lo de la liebre blanca. Tenía muchísimas ganas de contárselo a alguien, de compartir aquella carga que le pesaba en el corazón.

En cambio, se acomodó a los pies de su padre y apoyó la mejilla contra su muslo para que así no pudiera verle la cara ni ninguna expresión que la traicionara. Porque sencillamente no podía alejar de sí los recuerdos de aquella tarde.

—Papá, cuéntame... —hizo una pausa.

—¿Qué quieres que te cuente, cariño?

—¿Porqué el señor Tremayne me eligió a mí para ser la com-

pañera de su hija? ¿Por qué no Sara Merton o Jenna Gribble? Seguro que la hija del pastor es más apropiada. Jenna es callada y obediente y Sara es la más lista de las tres. Y hasta cose maravillosamente bien.

Un lamento que hizo reír a Henry Collins.

—Mi querida Meggan, no te hagas de menos. Eres igual que cualquier chica de este pueblo y mucho más inteligente que la mayoría. Y tienes, en tu voz, un don excepcional. Ya hemos hablado antes de esto, cariño. Tienes el talento para convertirte en una gran cantante.

—Un talento que heredé de tu madre.

—Sí. Era una cantante maravillosa.

—Háblame de ella.

—Ya conoces la historia.

El hombre hizo unos momentos de pausa y Meggan sabía que ambos tenían la misma imagen en la cabeza, la de una mujer hermosa que tenía embelesada a la audiencia con su voz en tanto que un hombre resentido se había quedado en Cornualles con un hijo pequeño.

—Cuéntame otra vez cuando fuiste a Londres.

—Fue hace mucho tiempo. Era más joven de lo que tú eres ahora. Ella vino a Helston y envió a buscarme. Mi padre no quería que fuera pero yo quería verla. Yo tan solo tenía tres años cuando ella se marchó de Cornualles.

—¿Te acordabas de ella?

—Sí. Iba vestida con ropa elegante y me pareció la persona más hermosa que había visto nunca. «He venido a llevarte a Londres conmigo», me dijo. «Tu padre está de acuerdo». No la creí pero me emocionaba la idea de viajar hasta Londres.

—¿De verdad no querías quedarte en Londres, papá?

—Bueno... Era un lugar emocionante y yo estaba muy orgulloso de mi madre. La gente se apiñaba en torno a ella continuamente. Pensaba en mi padre, solo en Cornualles, muy amargado ya porque su esposa lo había dejado. Yo era la única persona que tenía en el mundo. Me necesitaba más que mi madre.

—¿Te pusiste triste cuando ella murió?

—Triste porque una voz tan maravillosa tuviera que perderse tan joven.

—¿Mi voz es igual de buena?

—Tu voz es aún más pura si cabe. Es por eso que vas a ir a la mansión. El señor Tremayne, aunque algunos lo consideren orgulloso y áspero, es un hombre con cultura. Tiene una gran pasión por la música, Meggan. Su hija ha estado sin madre estos tres últimos años. Él considera importante que tenga una compañera de su misma edad.

—¿Y no es raro que una compañera comparta las lecciones de canto y danza de su señora? Dijiste que también iba a aprender francés con la señorita Tremayne.

—Cierto. Y más adelante, espero, también aprenderás italiano y alemán. Para cantar las grandes óperas necesitarás conocer los idiomas. Habrá visitas a Londres. Cuando seas mayor, tal vez haya incluso un viaje al continente.

—Estos sueños, papá, parecen... —añadió Meggan, que de pronto tuvo miedo de lo que podría significar la aparición de la liebre blanca— demasiado hermosos para convertirse en realidad.

—Nunca pierdas de vista estos sueños, Meggan. Sea lo que sea lo que te depare la vida, sean cuales sean los sufrimientos que encuentres en tu camino, sé siempre fiel a ti misma. No abandones nunca tus sueños solo para ser lo que otra persona quiera que seas.

—¿Tal como hiciste tú, papá?

—Tal como hice yo.

—¿Alguna vez lamentaste haberte quedado en Cornualles para ser minero en lugar de viajar por el mundo?

—Algunas veces, quizá, antes de que tú nacieras. —Le acarició el pelo con la mano. Meggan sintió el gran amor que fluía entre ellos y el peso de su mente empezó a aliviarse. Su padre lo entendería. Él sabría qué hacer. Se lo contaría. Ahora mismo.

—Papá, esta tarde...

Su madre entró en la habitación con las mejillas brillantes de enojo.

—Hoy te lo has tomado con calma, jovencita. Si llegas a tardar más ya estaría preocupándome por ti. ¿Sabes dónde está tu hermana? Ya casi es hora de cenar y todavía no ha vuelto a casa. Cuando aparezca me va a oír. Bueno, vamos, mujer, necesito que me ayudes con la cena.

Meggan se puso de pie rápidamente. Su madre nunca había en-

tendido el vínculo especial entre padre e hija. Meggan pensaba que a veces incluso le molestaba. La mirada que le dirigió a su esposo fue de desaprobación y Meggan, al ver la cansada aceptación en el semblante de su padre, tuvo ganas de consolarlo de algún modo. Su madre pensaba que leer era una pérdida de tiempo, al igual que no creía necesario que sus hijas aprendieran nada más aparte de la habilidad de escribir bien sus nombres.

A Meggan siempre le había parecido que entre sus padres había muy poco afecto verdadero. En aquel momento notó que le subían los colores porque le había vuelto la imagen de los amantes y no podía ni imaginarse que su madre y su padre hubieran estado alguna vez de esa manera. Pero debían de haberlo estado, si no ella no estaría allí, ni sus hermanos tampoco, ni Caroline.

Enseguida se quitó de la cabeza esas ideas.

—Lo siento, mamá. Bajé a la playa.

—¿Viste a tu hermana en alguna parte?

Meggan dijo que no con la cabeza con la ferviente esperanza de que su rostro no la delatara. Y tuvo que esforzarse mucho por mantenerse inexpresiva cuando Caroline entró en la cocina al cabo de unos minutos.

—¡Ya era hora! —dijo Joanna—. ¿Dónde has estado toda la tarde? ¡Espero que no hayas estado coqueteando con Tom Roberts antes de casarte!

—Pues claro que no, mamá. Sabes que no haría eso.

Meggan alzó la vista de las patatas que estaba pelando, y al mirarla de reojo se fijó en que al menos su hermana tuvo la decencia de ruborizarse.

—Fui a hacerle una visita a Mary. Pero no estaba en casa y la vieja señora Ryan se encontraba mal y quería tener un poco de compañía. Cada vez que me levantaba para marcharme me rogaba que me quedara un poco más. Creo que le gustan mis visitas.

—Mentirosa —musitó Meggan, y frunció el ceño en silencio mirando las patatas. No mentía en cuanto a que a la señora Ryan disfrutara de las visitas de Caroline. A todo el mundo le gustaba Caroline, que era tan amable y buena. Sin embargo, era capaz de engañar deliberadamente a su madre, a la que, de todos modos, nunca se le ocurriría dudar de la palabra de su hija mayor. Pero claro, ¿qué esperaba Meggan que dijera su hermana? Era poco

probable que Caroline le dijera la verdad a su madre. Meggan pensó que ella sí sabía la verdad, y que luego se lo haría saber a Caro.

—Venga, pues seguid con vuestras tareas, las dos. Vuestro padre y hermanos querrán cenar.

Las dos chicas se pusieron a trabajar y Joanna suspiró. Las hijas eran una preocupación. Esperaba que Caroline, que con su cabello rubio y sus ojos azules se parecía mucho a ella, se estableciera pronto. Tom Roberts era un buen hombre y se podía confiar en que mantendría bien a su esposa. ¡Ojalá Caroline dijera que sí! Joanna no entendía el porqué de las dudas de la joven. Era cierto que Caroline tendría que compartir la casa de Tom con la madre de éste y tres hermanas pequeñas, pero así eran las cosas y ella lo sabía muy bien. Si era porque Caro pensaba esperar a que llegara el amor, entonces Joanna le quitaría rápidamente esa idea de la cabeza.

Joanna no había sentido amor por Henry Collins cuando se casó con él dieciocho años atrás. Había sido un esposo generoso y formal y con el tiempo había llegado a sentir cierto afecto por él, aunque nunca hubiese comprendido su pasión por los conocimientos. Joanna sabía apreciar su suerte al tener un marido sobrio, una bonita casita, medios para alimentar y vestir a su familia y porque el hecho de tener cinco hijos no hubiera disminuido su atractivo. No se sacaba nada con buscar algo más.

Quería a todos y cada uno de sus hijos e hijas pero esperaba que no vinieran más. Tommy, el más pequeño, y al que más quería después de a Caroline, ya tenía nueve años. Aunque Joanna todavía no había cumplido los treinta y seis, se habría alegrado de poder tener la seguridad de que no habría más hijos. Ella tenía a sus hijas y Henry a sus hijos, aunque era Meggan, que tanto se parecía a él en muchos aspectos, la favorita de su esposo.

¡Ay, Meggan! Joanna suspiró. Ella no era partidaria de que su hija menor se fuera a vivir con los Tremayne. Si ser una chica de la mina era lo bastante bueno para Caro, también debería serlo para Meggan. Sólo había que ver lo que esas fantasías sobre cantar le habían hecho a la niñez de Henry, con su madre yéndose a Lon-

dres y su padre que con cada año que pasaba se volvía más taciturno hasta que murió.

Pero Henry se había empeñado en que Meggan tuviera esa oportunidad. Y Joanna sabía perfectamente lo persuasivo que Henry había sido con Phillip Tremayne para lograr el acuerdo. No es que Henry hubiera abordado el tema con Joanna, pero siempre estaba presente, como una sombra entre los dos.

Cuando la familia se sentó a cenar en la cocina, Meggan contribuyó muy poco a la charla en tanto que los chicos tenían mucho que contar sobre los éxitos de su tarde de pesca. Habían salido en el barco de Joe y Hal estaba particularmente entusiasmado con el placer de la pesca.

—Así pues, ¿preferirías ser pescador antes que minero?

—Sí, papá. Joe estaría dispuesto a aceptarme enseguida.

—Sólo tienes diez años.

—El mes que viene ya cumplo once.

—Y seguirás en la escuela hasta que cumplas doce.

—Pero, papá...

—Que deje la escuela si es lo que quiere —lo interrumpió Joanna—. Tanto para ser minero como pescador no necesita más educación.

—Yo también quiero ser pescador —terció Tommy.

Henry miró a sus dos hijos pequeños y luego desvió la vista al otro lado de la mesa hacia su mujer. Tres rostros con mucha determinación.

—Ya hablaremos de esto más adelante, cuando Meggan se haya establecido.

Will se percató del silencio de su hermana menor.

—¿Por cierto, y a ti qué te pasa? No has dicho ni una palabra en toda la cena.

Meggan miró a Will.

—Hoy he visto una liebre blanca —soltó incluso antes de que pudiera darse cuenta de que iba a decirlo.

Probablemente ninguna otra afirmación que hubiera hecho hubiera afectado a sus oyentes de forma tan dramática. Se hizo un silencio que duró unos momentos. Un silencio tan intenso que

hasta el fuego del hogar parecía haber dejado de crepitar. Seis pares de ojos, azules, castaños y el gris poco frecuente de los de Will, se volvieron hacia Meggan. En un primer momento todos los rostros denotaron estupefacción. Meggan los fue mirando a todos, uno a uno, y el corazón empezó a palparle con la temerosa certeza de que no debería haber dicho nada. La expresión de Will cambió casi de inmediato y se volvió escéptica. Tanto Hal como Tommy seguían mostrando un temeroso asombro. Caroline y su madre habían empalidecido.

—Estás de broma —declaró Will en un tono que era más bien una pregunta.

Meggan meneó lentamente la cabeza, deseando poder decir que no era más que una broma.

—Es un presagio, otra vez —susurró Joanna con la tez pálida.

—Basta ya. —Henry no creía mucho en las supersticiones. Dirigió a su esposa una mirada exasperada que se tornó severa cuando se volvió y la posó en Meggan.

—¿Eso es cierto, Meggan?

—Sí, papá. Vi una liebre blanca. —¿Por qué daba tanto la impresión de estar a la defensiva, como si hubiera hecho algo malo y estuviera suplicando la comprensión de su padre?

—Estarás confundida —se burló Will, que se dio unos golpe-citos con el dedo en la cabeza para poner énfasis en su incredulidad—. Es lo que pasa cuando uno vaga solo por los páramos continuamente.

La mirada de resentimiento que le lanzó Meggan no tuvo ningún efecto en su hermano.

—No estoy más confundida que tú, Will Collins. Al menos yo digo la verdad —añadió al tiempo que dirigía una brevísima mirada de reojo a Caroline. Se fijó en que su hermana estaba más que pálida. Caroline tenía miedo.

Will también había seguido la mirada de Meggan hacia Caroline.

—No pongas esa cara de preocupación, Caro. La niña solo está buscando llamar la atención, como siempre.

—¡No soy una niña! —gritó Meggan y lamentó que estuvieran sentados a los lados opuestos de la mesa. Se moría de ganas de arremeter a puñetazos contra el pecho a su hermano.